

LA TRISTEZA DEL AMO

En la lejanía, por la loma del camino real, ensombrecida por la incipiente noche, se adelantan, en la cuesta abajo, muy despacio, como cansados, como tristes, el viejo mayordomo y sus yunteros que vienen del barbecho, el sarape y la garrocha al hombro, a la grupa de las bestias que halando su manquera, vienen, fieles a la vereda, moviendo acompasadamente las testas trabajadas y dóciles, como si en el símbolo de sus afirmaciones constantes quisieran acatar eternamente todo humano mandato.

Entre el rústico caserío, esfumado poco a poco por el bello agonizar del día, se deslizan los rebaños impacientes, camino de sus chiqueros, balando en inarmónica dulzura, mientras los pastores, con una cría recién nacida bajo el brazo y una lugareña canción en los labios, abren las trancas de la corralada, donde la turba, nerviosa y descomedida, se precipita buscando el último rincón.

En el encinar cercano a la vega inmensa que se pierde allá lejos abrazando a la colina, va acallándose el diurno susurrar de las frondas, mientras desordenado trinar de gorriones, que revolotean incansables alrededor del tejocotes añoso donde han plantado sus lares, salpica el silencio del campo con su algarabía.

Tal cual tórtola reza en el bosque su oración doliente, en tanto que el murciélago y el buho se lanzan a la vida.

Junto a la era, la última carreta que torna de la siega ha descansado sus dos brazos tiesos y rendidos sobre la tierra, y el carrero vase al pajar por la cena de sus retintas mulas, las que derechamente se dirigen al regato, donde, del agua deslizante, apuran el insabor delicioso.

El enorme portón de la troje ha sido encadenado por el garrido jacalero, quien llaves en mano, viene cerrando graneros y tapancos, al propio tiempo que el amo don Rodrigo, administrador

de la hacienda, aparece por el terraplén de la presa frontera a la casona, caballero en potro alazán alzado y violento, cuyas riendas pone en manos del mozo de estribo, que recibe la caballería sombrero en mano y con respetuoso talante.

Ha concluido el día. Ha cesado el trabajo.

En sus rústicos albergues los peones charlan y descansan al amor del hogar.

La solemne paz de la noche se ha hecho en la campiña.

Bajo la portalada, frente a la era, el dueño y señor de la heredad medita tristemente.

—¿Cerraste el pajar, Soledad?

—Sí, señor amo.

—Tapa la trilladora, José, que hay nubes por el Sur y no sopla viento, y tú, Justino, llévate al portal de la herrería los arados que están junto al horno.

—Rodrigo, que vengan los mayordomos y vamos arriba.

El viejo venerable de barbas muy blancas, el respetado señor de aquella hacienda, el amo querido que demostrara siempre una tranquila felicidad y fortaleza incomparables, estaba preocupado y abatido.

¿Por qué?

El caporal me aseguraba, no ha mucho, que el señor, que hacía tiempo no recorriera el monte, fuera a él poco ha, donde estuvo largo rato mirando los pinares de la hondonada, y el robledal, respirando con la boca abierta, muy abierta, las de aquel monte auras resinosas y salubres, y jurárame que el señor no había despegado los labios en todo el camino, con ser tan largo, ni para reprender siquiera a los vaquerillos de la ranchería, que apacentaban sus ganados más acá del lindero de la finca.

El viejo mayordomo Domingo, el sabio empírico del terruño en achaques campiranos, el que se criara con el señor amo en los años mozos, también decía a su gente el último día de raya:

—El amo no está enfermo y anda triste. ¿Qué tendrá el amo?

Y un regador anciano, contestóle:

—Ayer, don Domingo, fue a Mavati a ver el riego. Venía llegando por todo el caño regador desde allá arriba, de la toma de agua, y seguido se paraba y no más veía. veía; pero más al agua y al llegar a la milpa en la ladera, me preguntó:

—Oye, Martín, ¿qué tú trabajaste cuando hicimos este caño?

—Sí, señor amo.

—¿Cuándo fue?

—Al año de que murió el amo grande.

—Y ¿cuánto tiempo tardamos en hacerlo?

—Creo que tres años, señor amo.

—Tres años, murmuró, tres años. ¿Y en la presa trabajaste?

—En la del Venado sí, señor, y en la del Salto también, cuando su mercé se enfermó de gravedad porque madrugó mucho y se asoló, y no fue a comer a la casa por estar tapando la compuerta del Venado, señor amo.

Y el viejo regador concluyó diciendo que juraría que al señor se le arrasaron los ojos de lágrimas contemplando la sementera reseca, que se mojaba, que se empapaba con el riego del agua que venía desde muy lejos a fertilizar aquella tierra, antaño ingrata e infecunda.

Y el mayordomo, ante semejantes noticias, cavilaba: —El amo no está enfermo, y está triste... ¿Qué tendrá?...

José Antonio, el vaquero, también dio su parecer: la otra tarde, en el establo, el amo, que nunca acariciara a las vacas, las hiciera caricias, y a los becerros también, y él mismo, con sus propias manos, amarró el crío de la Mimí, su consentida, por ser amorosa no digo con sus hijos, sí que con los huérfanos que le daban, y bebió leche espumante, calentita todavía, y amarró a las vacas en la pesebrera, y antes de regresar al Salto se paseó por todo el establo, y fue al jacal y él mismo lo cerró, y ya de noche, atrás de los macheros de las terneras, se dio a mirar intensamente, incansablemente, como si fuera el último día que las viera, aquellas vegas de San Isidro, Guadalupe y Dolores, que se tienden entre dos lomas largas, desde el ajeno solar hasta donde la vista alcanza.

Por último, don Rodrigo, el administrador, me aseguró que el amo, después de interrogarle una pesada tarde, sin cesar, sobre cuándo habían hecho tales obras y cuáles fueran las cosechas en años de bonanza, a la postre de los trabajos que emprendiera, se había quedado de pie, recargado sobre la mampostería de la presa de la casa, donde tercamente contempló tierra y cielo, y protestó Rodrigo, bajo su palabra de honor, que a estar más cerca, que no en lo alto de la loma de enfrente, habría ratificado su idea de que el señor llorara, que se llevó el pañuelo varias veces a los ojos al

extasiarse en el trigal de la vega, como nunca verde, como nunca grande, como siempre hermoso...

La gente del lugar comentaba el caso sigilosamente, y la especie fue rodando, rodando por los contornos donde era el amo — de la hacienda querido por su noble corazón; estimado por sus letras, que no eran pocas dado su carácter profesional, y por su ciencia de campo bien sólida, como apoyada en los libros y fortalecida en luengos años de labor en la floresta.

Por fin, aquella noche llegué al cabo de las singulares pesadumbres del amo, quien, para consuelo de su mal, me regalara con su confianza digna de respeto y loa por sincera y hermosa.

Habló solemnemente. Yo guardo en mi almarío la esencia de su discurso, como deben atesorarse, para constante recordación, las de un noble caballero ejemplares acciones de bondad alta, rara buena fe y amor inmensurable.

Vendía su hacienda, a ello le obligaban sus enfermedades, en creciente ahora por el rudo trabajo incesante de tres lustros, y por una ancianidad incipiente, que dejaba ya sentir sus efectos de cansancio y desaliento.

—Debo pensar —me dijo—, que pronto he de marcharme, y que si llegara a mis hijos estas tierras, fructíferamente indivisibles, habrían de resentir serios perjuicios. A ninguno de ellos llamó Dios por esta senda que ha sido la vida mía, por lo que veríanse forzados a mal negociar este patrimonio o a mal administrarlo, y un padre debe mirar, más que su dicha presente, la futura de sus hijos. Eso sí; aquí, dentro, muy hondo, abrigo la penosa idea de que quien se lleve mis tierras, se lleva también mi vida...

—Oh, sí, no lo dude usted, amigo mío, no lo dude!... Pero, dígame: ¿no cree que ellos me lo tomarán en cuenta?

—...

—Pues con eso tengo para morir tranquilo. Los padres no tenemos mejor premio que el recuerdo y el amor de nuestros hijos.

—Yo comprendí su legítimo dolor.

Desprenderse de golpe de aquel terruño que lo vio nacer, que lo vio crecer al amparo del anciano padre de quien heredera honor y fama; despedirse para siempre de un pasado dichoso que estaba identificado con esos llanos y sementeras que él fertilizara; con esas presas y caminos que él hiciera; con ese río en cuyas linfas se bañara bajo el sol, allá en aquella dulce juventud pretérita

de encantadoras remembranzas; decir un adiós eterno a esos montes habladores y elegantes que le vieron vagar por la maleza, escopeta al hombro, solo, con su optimismo triunfal, o en el fiel Retinto que ahora conservara muerto para perpetua memoria sobre la puerta de la troje; dejar para siempre su casa, sus ganados, sus aradas, sus riscos y remansos, era algo profundamente dramático y trascendente para el buen señor.

Ya nunca pasaría a caballo por los barbechos húmedos y esponjosos, ni gozaría con el murmullo acariciador de los maizales, ni con el vaivén de los áureos trigos barbados que, a imperio del aire corriente, movieranse lentos o acelerados, con la parsimonia de su consciente valor, o con el alegre desconcierto de sus besos fecundos.

Jamás, en el resto de sus días, escucharía arrobado el chirriar de las carretas colmadas de mieses atravesando la besana; ni almorzaría en la milpa como hiciera tantas veces para no perder detalle de la siembra y de la siega; ni se extasiaría, de hoy en más, con los variados divinos crepúsculos que se divisan desde el lomerío, al retorno de la ordeña.

Tal pensaba yo para mi sayo, cuando, después de su desahogo, se levantó el majestuoso anciano, cada vez más dolido y escéptico, y fuese al balcón afortunado que contemplara a todas horas aquel horizonte de ensueño.

Después, extendió su mano trabajada: "allí, me dijo, allí está la mitad de mi vida; vea usted ese hermoso paisaje".

¡Oh, sí, lo era!

Desde el cimiento de la presa que plantara su contrafuerte a nuestros pies, hasta la cañada imponente, ornada de enhiestos encinares y floridos madroños que se alcanzaban a divisar como una gran boca abierta en el confín, se extendía el manto dorado de los trigos, más cargados de grano que nunca, secreteando coquetamente al débil impulso del relente caricioso que arribara del Sur.

En medio a la vega caminaba, se iba a la vera del río, al presente recto como antaño tortuoso, el boyero Albino, quien, cerrado su corral, dirigíase a la casuca paupérrima, escondida en la barranca.

El último regador volteaba el recodo de la hortaliza rumbo a su rancho, que a medias fuera propio, en tanto que arriba, de la casa del mayordomo, se escapaba una melancólica tonada re-

gional, y oíase, muy dulce e impregnado del “sabor de la tierra”, el resguear de la vihuela que preludiara el acompañamiento de una charra cancioncilla.

Aquel hombre, enérgico para la lucha y valeroso en la pena y las miserias, sintió, en esa hora de recogimiento de la Naturaleza, la más grande de las amarguras que hubieran lacerado su alma.

Yo le vi acogerse al cielo con una mirada que parecía plegaria; le oí, suspirando con hálito ternísimo, prohiado en la fibra más sensible de su corazón y, al fin, después de quedarse absorto, como alelado, como inconsciente, en el amplio horizonte de su heredad, consoló su desgracia con un llanto callado y triste...

Lloraba, tal vez soñando en un nuevo y engañoso amanecer; quizá añorando los tiempos idos para siempre, o pensando ¡Dios sabe! en la muerte como última esperanza...

Aquella divina tristeza del amo, simbolizando la supremacía del amor paterno sobre el propio egoísmo, fue la mejor reliquia que heredaran los hijos del viejo dueño y señor del amado terruño.

(*La Tristeza del Amo*, Madrid, 1916)